

Capítulo 1

Barcelona, 1957

Algo tan pequeño como una aguja de coser y un carrete de hilo marcaron mi vida para siempre. A los catorce años empecé de aprendiz en la tienda que mis padres tenían en la calle Mercaders. De haber sabido las consecuencias, tal vez me hubiese embarcado con destino a América, escondida en la bodega de uno de esos barcos que salían del puerto de Barcelona y tardaban meses en volver. Pero ya era demasiado tarde.

Mi padre, Ramón Espinás, era sastre. Y mamá, María Aliberas, era modista. Se conocieron en un salón de baile y tras casarse y pasar una escueta luna de miel en Mallorca, abrieron una pequeña tienda en Barcelona, a la que llamaron Tejidos Espinás. Allí empezaron a vender telas a metros y a confeccionar trajes y vestidos a medida. Ambos eran del oficio y una larga temporada trabajando para otros había hecho de ellos unos buenos profesionales. Durante años el negocio prosperó.

Nuestra clientela no era muy selecta, pero sí constante. Papá se encargaba de los escuálidos oficinistas que aspiraban a poco más y que necesitaban parecer unos señores en las bodas, banquetes y comuniones, y mamá hacía que dependientas del mercado que deseaban encontrar marido pareciesen princesas, envolviéndolas en telas que, aunque sencillas, sacaban lo mejor de ellas, que a veces no era mucho. Y doña Francisca y yo, en medio. El calendario nos mostraba un santo que sostenía una calavera y cuyo nombre nunca he recordado, y nos hablaba de junio de 1957. En la radio, Sara Montiel se pasaba el día fumando a la espera del hombre al que quería y Gracia Montes dudaba entre una rosa y un clavel.

Nada más empezar como aprendiz me pusieron bajo la tutela de doña Francisca Anglada, cuya indeterminada edad me tenía intrigada. Algunas historias que explicaba, relativas a la guerra –nunca supe cuál–, me dieron pistas de que se acercaba a los cien años. Regordeta, con toda seguridad había tenido una juventud ya olvidada. Según oí decir a mamá, había sido viuda toda su vida. Su cabello me impresionaba, y enseguida comprendí que bajo aquella mata blanca se escondía la experiencia de muchos años pasados junto a una aguja y un hilo. Doña Francisca y yo éramos viejas conocidas, ya

que en más de una ocasión yo había tomado un biberón entre sus cálidos brazos mientras mamá atendía a alguna clienta.

La primera aguja que cayó en mis manos, a los cinco años, tuvo el fatídico honor de atravesar mi piel y extraer de mi cuerpo una gota de sangre a la que yo añadí un séquito de interminables lágrimas saladas. Un accidente que habría de repetirse varias veces, hasta que un avisado doctor –sin duda con sólida formación en el extranjero, según advirtió papá– se apercibió de la cruel realidad: yo, Neus Espinás Aliberas, era zurda.

La tienda no daba para mucho, pero papá y mamá tenían para ir tirando y además se podían permitir el lujo de dar a doña Francisca, cada sábado por la noche, un sobre marrón cuyo contenido, que yo nunca vi, alegraba mucho a la mujer. Eterna aprendiz de esposa, supe más tarde que su marido había muerto el mismo día de su boda. El negro fue el único color que cubrió su cuerpo desde entonces y la castidad, su impuesta virtud.

Doña Francisca me enseñó a coser. Primero pasé horas con las presillas y los sobrehilados usando restos de telas. Después hice más de mil metros de dobladillos y respuntes. Los ojales se me resistieron un poco, pero mi tesón y la paciencia de mi centenaria maestra dieron su fruto. Sentados en la trastienda, en sillas de cáñamo pintadas de azul, le dábamos a la aguja un montón de horas cada día. Mamá, cuando no estaba atendiendo, también pasaba horas a nuestro lado, marcando, cortando o cosiendo. Ellas con la derecha, yo con la izquierda. Ninguno de los utensilios de modista estaban pensados para zurdos, y eso me dificultaba todavía más el trabajo. Papá también se encargaba de las compras y atendía a los viajeros que le ofrecían sus telas, paños y tejidos. Era un oficio que siempre encontré fascinante. Me los imaginaba con sus enormes muestrarios entrando en comercios exóticos de la India, o en exclusivas tiendas de París como las que yo veía en las revistas que circulaban por el mostrador. *Vogue* y *El hogar y la moda* eran algunas de ellas. Mis ojos se perdían en el mar de fotos de chicas guapísimas, de piernas interminables y estrechas cinturas, que lucían vestidos que yo sabía que nunca serían para mí.

Además de aprender el arte de la costura, mi trabajo más importante consistía en el abastecimiento real. No es que fuésemos proveedores de la real casa –que yo no sabía muy bien lo que significaba–, sino que tenía que ir casi a diario a la mercería La Real, situada unas casas más abajo en la misma calle. Me mandaban allí a buscar botones,

hilos, hebillas y cremalleras. También agujas de coser, alfileres e imperdibles, broches, presillas y corchetes de mil medidas. Cuando entraba allí me daba la sensación de penetrar en una caja mágica. Miles, millones de pequeños objetos llenaban ese lugar encantado. Tres mostradores, como murallas infranqueables de un castillo de cuento, me separaban de una dependienta, una aprendiz y la dueña, doña Purificación García, que tendría la edad de doña Francisca, pero que era alta y delgada y se movía con gran agilidad. Me gustaba ir a buscar botones. Yo llevaba la muestra y doña Puri, que es como la llamaban todos, sacaba cajas y más cajas llenas de cartones blancos con botones cosidos. Sus expertas manos recorrían las muestras hasta dar con el que yo necesitaba. Entonces desaparecía tras las cortinas de una pequeña puerta y volvía al cabo de un rato con una caja de donde sacaba unos cuantos botones que envolvía con suma pulcritud en un papel satinado. Después, yo le alargaba una libretita donde ella anotaba la venta con letra primorosa. Apuntaba lo mismo en otra libreta idéntica que llevaba nuestro apellido en la tapa, y una vez al mes papá iba a pagar las compras tal y como era costumbre en esa época. De reojo yo me miraba a la aprendiz, un par de años mayor que yo, que siempre ordenaba y clasificaba cartones llenos de muestras de hilos o cintas de infinitos colores y tonalidades. Después volvía corriendo a nuestra tienda, donde me esperaba una pequeña reprimenda por “las horas” que había tardado.

Las lentejuelas me fascinaban más que nada. Teníamos una caja llena de ellas. Cuando me quedaba sola en la trastienda era el objeto al que me dirigía sin demora. Equiparaba esos pequeños objetos redondos y brillantes con el tesoro escondido de un pirata. En mis manos veía rubís, diamantes y esmeraldas, mientras los sujetaba con los ojos muy abiertos... hasta que la voz del Capitán –mamá– me incitaba a devolver el cofre del tesoro a su sitio con la amenaza de colgarme del palo mayor, sin duda el peor castigo para una aprendiz de pirata.

La tienda de mis padres no era más que un cuarto de unos pocos metros cuadrados, donde un mostrador de color marrón separaba a la clientela de una docena de estanterías que cobijaban un montón de piezas de tela de todos los tipos y texturas. Un pequeño escaparate que mamá cambiaba cada semana mostraba las novedades de temporada junto a varias revistas de moda nacionales y extranjeras. Tras una cortina de terciopelo rojo estaba la trastienda. Allí, junto a un probador que permitía cierta intimidad a la hora de probar los trajes y vestidos, cosíamos los encargos. Una mesa grande y alta para marcar y cortar y otra baja y pequeña para el trabajo de aguja. Junto a

la mesa había una máquina de coser a pedales, una Singer negra con letras doradas que era la joya de la corona, y a la que mamá y doña Francisca tenían mucho cariño, y de la que cada mes nos llegaba algo que papá denominaba como “letra”, aunque reconozco que yo nunca vi ninguna.

Tras varias semanas de aprendizaje me di cuenta de que los clientes empezaban a pasar cada vez más de largo y se dirigían a tiendas y almacenes más modernos y sofisticados, en los que encontraban de todo y que podían permitirse el lujo de anunciarse a doble página en los periódicos. La competencia era fuerte y los grandes almacenes aparecían como setas. Jorba, Sepu, Almacenes Capitol o El Águila nos hacían la competencia y siempre a mejores precios.

Pero un día nos llegó el encargo más extraño que jamás habíamos tenido.